

*Ciclo de conferencias organizado por la  
Asamblea Provincial de Cruz Roja.*

La Cruz Roja Provincial, al igual que el año anterior, ha organizado durante el mes de marzo unas conferencias sanitarias, y si entonces el tema giró sobre el cáncer, este año ha sido sobre la tuberculosis. En este marco tan docente que nos depara el Instituto de Enseñanza Media «Ramón y Cajal» en su Aula Magna, tuvieron lugar los actos, todos ellos presididos por el excelentísimo señor gobernador civil, asistido por las primeras autoridades eclesiásticas, militares, locales y provinciales.

El ciclo fue inaugurado el día 16. En su previo parlamento justificó el ilustrísimo señor presidente de la Asamblea Provincial de la Cruz Roja, doctor Cardesa, la razón de estas conferencias y pasó a continuación a la presentación del ilustre conferenciante, excelentísimo señor don Alberto Rodríguez Cano. Este, observó, tiene muchas facetas; bien pudiéramos pluralizar su personalidad adornando con muchas virtudes cada una de sus actividades. Para llegar al acto de hoy, el general Rodríguez Cano nos depara la siguiente lección. En sus mocedades marchosas, con vistoso y preciado uniforme, compagina la obligación castrense con el estudio de la Medicina y así en enero de 1928 se licencia en Medicina y Cirugía. ¿Cómo actuó en la vida castrense? No soy, afirmó el doctor Cardesa, el indicado para decirlo, ni éste el lugar más apropiado para exponerlo; sólo reconoceré que en lo mejor de su vida ha llegado al generalato. El doctor Rodríguez Cano, después de licenciarse, quiere cultivar la Medicina seriamente y para ello ingresa en la escuela del profesor Marañón, permaneciendo a su lado varios años, trabaja con intensidad y ejerce con éxito la profesión en Madrid. A raíz del Movimiento Nacional, desde 1936, abandona la Medicina para incorporarse definitivamente al Ejército. Alguien se preguntará si a esta tribuna ha llegado la figura del general más que la del médico. Hay que deshacer esta duda. La personalidad médica del doctor Rodríguez Cano pronto se pone de manifiesto; en la conversación se le ve como el pez en el agua hablando de Medicina; habla con tal conocimiento de causa, persuasión y amenidad que pronto nos sentimos junto a un prestigioso médico activo. Durante su breve permanencia entre nosotros, bien hemos podido reconocer en él al caballero ejemplar y al padre esmerado en la educación de sus hijos. Para no dilatar más estas frases, el doctor Car-

desa recordó un episodio universitario de sus años estudiantiles. Cierta profesor nos hablaba—dijo—de cómo eran las grandes figuras, siendo corriente entre ellas poseer una carrera y un oficio; así, Jorge V, rey de Inglaterra a la sazón, era rey y cordelero. Pues bien, don Alberto Rodríguez Cano es general del ejército español y prestigioso médico.

El excelentísimo señor general don Alberto Rodríguez Cano, gobernador militar de la Plaza y provincia, desarrolló a continuación su conferencia titulada *Qué es la tuberculosis*.

Comenzó agradeciendo las frases del doctor Cardesa, llenas de afecto, pasando después a explicar su lección sobre el pronóstico de la tuberculosis en la actualidad, es decir, saber si un enfermo puede curarse o no tiene salvación. La tuberculosis lleva desde hace años una marcha decreciente, como lo demuestran las estadísticas citadas someramente. En 1900, el número de personas que pagaban su tributo a la muerte con esta enfermedad era de 203 por cada cien mil habitantes. En 1920, el índice de mortalidad era de 172, y en 1934, fue de 111. Estas cifras se producían antes del empleo de los antibióticos y de otros medios modernos de ataque. Sin embargo, esta marcha aleccionadora experimenta una regresión considerable en los duros años de la potsguerra, a consecuencia de las deficientes condiciones alimenticias por las que hubo de pasar España, regresión que pronto desapareció para volver a disminuir el número de muertos por esta causa.

Pero hay que tener cuidado, porque el mal todavía no ha sido derrotado en toda la línea, como lo han sido, por ejemplo, la sífilis o la clorosis. Hay una ley en Medicina que expresa cómo el crecimiento demográfico de una población, bien sea por absentismo rural o por la creación de nuevas industrias, trae aparejado un aumento paralelo de tuberculosis. En el caso de Huesca, ciudad en trance de una profunda transformación agrícola, es conveniente prever esta contingencia, ya que serán muchos los que acudan a nosotros en busca de trabajo y bienestar. En este orden de cosas se da un caso curioso: los hombres moradores de la alta montaña que nunca han tenido contacto alguno con el bacilo de Koch, al engrosar las ciudades y grandes núcleos de población, adquieren la enfermedad de una forma violenta y muchas veces fatal.

¿Qué es la tuberculosis? El doctor Rodríguez Cano, con una extraordinaria agilidad, describió sus síntomas, ya estudiados por los chinos y por Hipócrates, que sorprenden por su espíritu de observación. Hipócrates decía que la dolencia prendía con mayor facilidad en cierta clase de tipos humanos. Las terapéuticas anteriores a la era cristiana

eran extrañas y empíricas. Durante la Edad Media, las supersticiones eran aplicadas a la curación. El caso de Enrique IV de Francia es un buen ejemplo de ello. El monarca se creía con poder de curación, y para ello desfilaban ante él los atacados de peste blanca y éste les ponía la mano en la cabeza y decía: «Yo te toco y Dios te cura». Tanto auge adquirió esta superstición, que miles de atacados acudían ante el rey, cuyo ejemplo también siguió María Tudor de Inglaterra.

Pero es en los siglos XVII y XVIII, cuando se abren dos caminos en la lucha contra la tuberculosis: el clínico y el bacteriológico. En el primero, el avance más notable lo da un alemán, que tenía por costumbre para reconocer cuánto vino había en las cubas, el de golpearlas, adivinando por el sonido la altura del líquido. Aplicado a los seres humanos, se obtuvieron profundos avances, ya que los médicos tenían después buen cuidado de confrontar sobre el cadáver sus datos por auscultación. Sin embargo, el método cayó en desuso hasta Corvisart, médico de Napoleón, el cual recopiló lo escrito por el descubridor del sistema, apropiándose la gloria y el éxito del método. No obstante aún habría de perfeccionarse más. Laenec observó que unos niños que jugaban a columpiarse en un madero sobre otro, después de cansarse, uno de ellos arrimaba la oreja a uno de los extremos, mientras otro daba golpecitos en el lado opuesto, oyéndose con nitidez la repercusión. Entonces se le ocurrió auscultar a un enfermo, mediante un rollo de papel, con buenos resultados. En resumen, se había hallado un medio de exploración clínica de indudable valor.

El camino de la bacteriología se inicia en Holanda, gracias a la afición de un conserje a tallar lentes. Un día se le ocurrió poner debajo de una de ellas una gota de agua y pudo observar una enorme multitud de bichitos: había nacido el microscopio. El invento fue aprovechado por Spallanzani, para demostrar que no existía generación espontánea, sino que esos animales minúsculos nacían, crecían y se reproducían y morían. La aparición de Pasteur y de Koch, dos colosos de la ciencia, aportó nuevas y fecundas rutas en la lucha contra las enfermedades, entre ellas la tuberculosis. Citó a continuación con gran detenimiento facetas de la vida de estos gigantes de la Humanidad, con gran profusión de datos, a cada cual más notables e interesantes.

Describe la existencia del microscopio electrónico, explicando que no funciona a base de lentes, sino con electrones y con él se pueden obtener aumentos hasta de 45.000; mientras que los mejores del módulo clásico sólo llegan a 1.800. Gracias a este adelanto, ha podido conocerse

casi en su totalidad la bioquímica del bacilo de Koch, del cual hasta ahora no se ha podido descifrar la estructura de unos puntitos negros, que son moléculas, fácilmente disociables. Se extendió sobre el tema, demostrando sus profundas dotes de investigador, para terminar haciendo un recuento de los medios modernos de combate contra la peste blanca, citando los antibióticos, la vacuna Calmete-Guerin y glosando detalladamente la resistencia natural de algunos individuos al contagio, así como la hipersensibilidad de otros, a lo que Von Pirquet llamó alegría. Seguidamente mostró a la concurrencia unas microfotografías del microbio de la tuberculosis, visto a través de unos 25.000 aumentos, las cuales despertaron una gran curiosidad por su valor científico.

Lo segunda conferencia tuvo lugar el día 21; corrió a cargo del doctor don Laureano Menéndez de la Puente, director del Dispensario Antituberculoso de esta capital y del Sanatorio «Montearagón», bajo el tema *Colaboración social en el pronóstico actual de la tuberculosis*. Hace la presentación del orador el ilustrísimo señor don Miguel Dolç, director del Instituto de Enseñanza Media «Ramón y Cajal», poniendo de manifiesto la gran labor científica del ilustre conferenciante a través de su brillante actuación en el Laboratorio Provincial de Madrid, en el Instituto Español de Hematología y Hemoterapia y en la Estancia Sanatorial portuguesa de Caramulo.

Comenzó diciendo el doctor Menéndez de la Puente que el médico, al enfrentarse con una enfermedad infecciosa, estudia primero cuál ha podido ser el origen de la misma, es decir, la etiología, y después, en fases sucesivas, su patogenia y su terapéutica. Tres cuestiones que son idénticas a las que se plantea el enfermo que acude al Dispensario para ser reconocido y diagnosticado. Si se confirma la existencia del mal, entonces se hacen las tres preguntas siguientes: ¿Y esto de qué viene?, es decir, su etiología. ¿Habrá peligro de contagio?, la epidemiología; y la final: ¿Se curará?, la terapéutica. Sin embargo, la tuberculosis, cuyo pronóstico actual es mucho menos oscuro que lo fuera hace tan sólo veinte años, no ha sido todavía vencida. Necesita una colaboración total, tanto por parte del afectado como de la sociedad que le rodea. En este orden de cosas, el médico debe ser el portador de la lucha contra esta plaga, cumpliendo un doble cometido: el del profesional y el del propagandista, divulgando todas las facetas y repercusiones de la peste blanca.

La dolencia se caracteriza, en su proyección pública, por el intenso

terror que inspira, casi siempre exagerado. La causa de este singular pánico se debe a que es una enfermedad que no respeta ninguna clase social, por una parte, y por otra, a la abundante literatura de la época romántica, rica en personajes tuberculosos, muchos de cuyos autores y personajes murieron presos de la tisis. Sin embargo, el temor tenía sus fundamentos, tanto que él recuerda la frase de su profesor, Enríquez de Salamanca, en el sentido de que si un médico diagnosticaba neumonía caseosa y el paciente sobrevivía, era que el ojo clínico del médico había fallado.

Sin embargo, forzoso es reconocer que este panorama pesimista ha evolucionado notablemente. Hoy, con la ayuda de nuevas drogas y la B. C. G., que han hecho posible los tratamientos quirúrgicos pulmonares, el avance ha sido magnífico. Pero estas drogas pueden ocasionar, de hecho, grandes inconvenientes, sobre todo cuando no se usa la vigilancia del médico. Así, por ejemplo, la hidrazida adquirió pronto tal renombre que la gente la adquiría por su cuenta y riesgo, como si fuera artículos de «nylon».

La dificultad más acuciante que su diagnóstico actual presenta, es en aquellos casos de enfermedad sintomática o inaparente. El enfermo acude al Dispensario porque no está bien, y el examen radioscópico, en efecto, no registra lesiones. El remedio está en reconocimientos periódicos, ilustrando este capítulo con citas. Así, por ejemplo, entre los examinados en el Dispensario de Huesca, en 1954, por primera vez, un 33 por 100 tenían lesiones en fase avanzada. El problema de reconocimiento masivo y periódico presenta muchas dificultades, aunque la fotorradioscopia, de Abreu, modificada por un médico español, puede dar buenos resultados. En este quehacer social de la Lucha Antituberculosa destaca a los maestros y a la Sección Femenina, entidades cuyos miembros son examinados con cualquier motivo de traslado, oposiciones, concursos y viajes.

Continúa el orador con un detallado estudio de estadísticas locales y aborda después las modernas terapéuticas, de magníficos resultados si se hacen bajo prescripción facultativa, porque, de lo contrario, los espectaculares éxitos obtenidos en sus primeras aplicaciones corren el riesgo de reproducirse por abandono y creencia del enfermo en su total curación, con mayor intensidad. Cita anécdotas de alto valor significativo y termina glosando el aspecto público de la enfermedad. Son muchos los que no quieren ingresar en el Sanatorio. Y allí es donde aprenden algo fundamental: a cuidarse y a prevenir sus recaídas. En

resumen, la colaboración de todos es necesaria en esta fase final de la lucha. Su amenísima disertación, de la que sólo damos un ligero extracto, brilló por su profundo conocimiento de todas las facetas de la enfermedad, tanto en el orden patogénico como en el social.

La conferencia de clausura fue pronunciada el día 23 por el profesor Civeira, sobre el tema *La tuberculosis como problema dentro de la Medicina actual*. El señor presidente de la Cruz Roja, después de dar las gracias a todos y especialmente al excelentísimo señor gobernador civil, por su aportación al éxito del ciclo, y al excelentísimo y magnífico señor rector de la Universidad, pasa a la presentación del conferenciante. Muy ambiciosa es para nosotros —dijo— la participación en el acto de esta tarde, cual es la presentación a la Sala del profesor Civeira. Recurrimos a la recopilación de valiosas opiniones ajenas y con ello habremos salvado el aprieto. El profesor Civeira es hombre cuya inteligencia se halla vinculada a la viveza, actividad, dinamismo y precocidad, encapsulado todo ello por la mesura y prudencia; secreto de sus triunfos, siendo uno de ellos la cátedra a los 27 años. Hace unos siete años era presentado, en esta ciudad, por el doctor Gómez-Ullate como una revelación de la postguerra, con motivo de una conferencia sobre Metabolimetría y fuentes energéticas; el profesor Civeira, en su conferencia, tildó al mundo de viejo, ya que había empezado con la energía atómica a destruirse a sí mismo. En esta conferencia el profesor Civeira, teniendo constancia de ello, cautivó a un auditorio tan copioso como heterogéneo. Cuando llega a nuestra querida Facultad de Medicina de Zaragoza un nuevo catedrático, procuramos, por cuantas fuentes se ponen a nuestro alcance, formar concepto del nuevo elemento y así del profesor Civeira hemos escuchado las siguientes versiones. De un sanitario compañero suyo de hospital durante la guerra, cuando aún no era médico nuestro conferenciante: «Donde había trabajo, ahí estaba Civeira, mereciendo de todos el afecto, estima y respeto». De un profesor de la Universidad de Zaragoza no perteneciente a la Facultad de Medicina: «El prestigio del doctor Civeira pronto salió del ámbito de su Facultad para llegar a toda la Universidad». De un compañero médico: «El profesor Civeira es hombre de grandes vuelos como contrincante». De un estudiante de Medicina: «El profesor Civeira, es fiel cumplidor de su deber, orador ameno y didáctico; habla siempre don Fernando, con la gramática en la mano». Para terminar, nuestro Letamendi decía del médico lo siguiente: «El que sabe sólo Medicina, ni Medicina sabe». El

profesor Civeira es un universitario logrado en el saber, en el decir y en el obrar; es por ello, como exige el citado autor, un auténtico maestro de la Medicina.

Seguidamente, el doctor don Fernando Civeira, cuya presencia fue acogida con grandes aplausos, comenzó a desarrollar su conferencia sobre el tema ya indicado, conferencia magnífica, donde, con una expresión correctísima, elegante en el decir y siempre con amenidad, abundante, ofreció un dominio completo sobre la materia tratada. Comenzó agradeciendo a todos la asistencia, de modo especial a las autoridades y representaciones, y al doctor Cardesa por las palabras que sobre su persona había pronunciado, las cuales—dijo—solamente responden al sentimiento de la amistad.

Consideró oportuno hacer un recorrido sobre las evoluciones del saber técnico para detenerse en aquellos aspectos de la Medicina que ofrecen mayores huellas. En las etapas de la evolución del pensamiento médico, vamos a ver cómo se enfoca el problema de la tuberculosis. Nace la Medicina con el primer dolor del hombre. Y en sus afanes busca lograr dos fines que no ha de poder conseguir: impedir la muerte y anular el dolor. Estudió la figura de Hipócrates, fundador de la Medicina, y señaló los grandes aciertos logrados, los cuales fue estudiando. Fijó la iniciación de un cambio en la postura del médico en los siglos xvii y xviii, en los cuales son introducidas la observación y la objetividad.

Más tarde, en el siglo xix, la Medicina queda convertida en ciencia. Se estudia al hombre y se hacen frecuentes autopsias con el fin de ir al estudio de los órganos. Es entonces cuando se centra, entre las enfermedades de más importancia, la tisis. El descubrimiento del microscopio, que abre tantas posibilidades a la investigación, ofrece un interés extraordinario. La antigua tisis queda convertida en la tuberculosis, merced a la observación microscópica.

Llega el orador al momento en que Koch descubre el bacilo de la tuberculosis. Y surge luego con vigor el estudio sobre las causas de las enfermedades, buscando el conocimiento de los gérmenes que las producen.

Es en el primer cuarto del siglo xx cuando se siente el problema de haberse separado la ciencia de la persona enferma. Y se va a la recuperación de la persona, que se había perdido.

A principios de este siglo, se plantea el problema de la terapéutica y

se planteó en orden experimental. Es el preludeo del momento de hoy; y en la tuberculosis se inicia la cura sanatorial, que tiene mucho de psicoterápica.

¿Cómo se ve el problema de la tuberculosis en el segundo cuarto del siglo xx? Aumentaba la enfermedad o al menos se diagnosticaban muchos más casos. Las posibilidades terapéuticas eran reducidas (cura sanatorial), acudiéndose a la utilización de algunos medios de eficacia no definitiva. La sociedad se conmovió más ante el enfermo tuberculoso que ante aquellos que sufrían otras enfermedades. Y organizó la asistencia, dando el mayor vigor a aquella que se refería a esta clase de enfermos, llevando todos los Estados a sus presupuestos fuertes cantidades para este fin. Se buscó la asistencia al enfermo, pero también el aislamiento del enfermo, en defensa propia ante la posibilidad del contagio. Y el enfermo respondió con la desesperación ante una enfermedad que sabía que exigía mucho tiempo de tratamiento y con la ocultación de su enfermedad ante cuantos le rodeaban.

Otra postura menos corriente es la del enfermo que cree hacer un favor a la sociedad recluyéndose, estimando que no es él quien recibe el favor, sino el que lo hace a los demás. Y aún hay otra postura menos frecuente, la del enfermo que busca en su dolencia resolver sus necesidades, pasando de sanatorio a sanatorio a recibir asistencia para sus pequeñas lesiones.

Llega el orador al momento actual y señala los avances médicos. Habla sobre el quirúrgico, ya que todos los órganos son bien conocidos y ninguno escapa a la intervención quirúrgica. La cirugía contribuye a la curación de la tuberculosis con la resección del pulmón. Y se produce luego el hecho cumbre del siglo: el descubrimiento de los antibióticos.

Estudia luego el orador, de manera acabada, la variación que ha sufrido el concepto del enfermo tuberculoso. La estancia hoy en los sanatorios, la labor que busca la recuperación del enfermo con los poderosos medios de que se dispone, poniendo de manifiesto cómo el enfermo responde de modo bien diferente, sin desesperación de ninguna clase, sino con la confianza de la curación pronta; ni ocultando su mal, que sabe ha de tener el tratamiento eficaz y en perfectas condiciones.

Todos los oradores que intervinieron en el ciclo fueron vivamente aplaudidos.

Por no haber podido asistir a la sesión de clausura el excelentísimo señor don Juan Cabrera, rector magnífico de la Universidad de Zara-

goza, fue el excelentísimo señor gobernador civil quien pronunció unas palabras para dar por terminado este ciclo de conferencias. El señor Gil Sastre felicitó al doctor Cardesa por su labor frente a la Delegación de la Cruz Roja en Huesca, a la que está llevando a la altura que queremos estén todas las cosas que afectan a esta ciudad. Dió las gracias a los conferenciantes señores Rodríguez Cano y Menéndez de la Puente, y de un modo especial, agradeciéndole haberse molestado en su desplazamiento desde Zaragoza, al doctor don Fernando Civeira, que cuenta en Huesca con muchos amigos y grandes simpatías y donde se aprecia tanto su valer. Le rogó que hiciese llegar al rector de la Universidad los afectuosos saludos de Huesca.—D.

### *Sociedad Oscense de Conciertos.*

En el trimestre enero-marzo de 1955 han actuado artistas extranjeros, todos excelentes. En la sesión del día 18 de enero intervino el Quinteto de Instrumentos de Viento, con piano, de Francfort, agrupación fundada en 1923, integrada por solistas de nombre, que interpretan música de cámara clásica y actual. Y así, junto al encantador quinteto, en *mi bemol mayor*, de Mozart, y al famoso y celebrado en *mi bemol*, de Beethoven, y a un «Divertimento», de Haydn, y la introducción y variaciones del romántico Schubert, aparecían piezas de Roussel e Hindemith. Es la primera vez que en esta Sociedad se ha interpretado música de cámara con instrumentos de viento; y a fe que los artistas Reichardi, Plath, Englert, Spach y Emig, más la pianista Carlota Selka, son maestros en el género, de fina pastosidad y sonidos emitidos con dulzura y precisión. Es un excelente conjunto, cuya labor destacó en el quinteto de Beethoven, obra del primer período del inmortal compositor, ya de brillante sonoridad y elegante escritura. Esta obra, y el famoso Septimino, llegaron a exasperar a su autor por la popularidad que entrambas alcanzaron.

El Collegium Musicum de Wiesbaden, del Teatro del Estado, de Hess, actuó hace unos años en esta Sociedad en la segunda audición, con éxito grande; ahora ha hecho su segunda presentación, y no hay que decir que el triunfo de estos artistas alemanes, dirigidos por el violinista Edmundo Weyns, superó al obtenido anteriormente. Es uno de los mejores conjuntos de orquesta de cámara que hoy actúan, constituido por dos violines, viola, cémbalo, cello, flauta, contrabajo, oboe